

Buen negocio nacional

Ernesto Guhl Nannetti,
ex viceministro del Medio Ambiente y actualmente director del Instituto Quinaxi.
LECTURAS DOMINICALES

La crisis ambiental es oportunidad para países como éste.

Como se reconoce ampliamente, la alarmante situación ambiental parte de la consolidación de una noción equivocada del progreso, que se ha reforzado últimamente con decisiones como las del presidente Bush relativas al calentamiento global y con las tendencias globalizadoras. Estas tendencias se basan en dos conceptos equivocados; en primer término, seguir suponiendo, contra toda evidencia, que la naturaleza es inagotable y que su capacidad de restauración es ilimitada, y en segundo, el correspondiente corolario de que el trabajo de la naturaleza es gratuito. Estimaciones sobre el valor de los servicios ambientales que nos brinda la naturaleza, indican que este es casi dos veces superior al producto bruto de todo el planeta. Sin embargo, la economía no tiene en cuenta estas esenciales actividades de soporte, e incluso los califica despectivamente como 'externalidades', cuando en realidad bien podría ser al contrario y supeditar la acción humana y la economía a los límites que imponen la capacidad de soporte y el funcionamiento planetario.

El concepto de la 'Huella Ecológica', desarrollado en el Canadá, es forma sencilla de evaluar las necesidades de recursos naturales y de servicios ambientales que tienen los diversos países o regiones. Esta necesidad se expresa como la dimensión del 'área ecológica' requerida para proveer todos los recursos para realizar las actividades socioeconómicas de un territorio determinado, para disponer sus desechos y para remediar los efectos deteriorantes de los impactos ambientales que resultan. La huella también pone de presente que la 'crisis ambiental' depende más del campo de lo social y de lo cultural que de soluciones tecnológicas. Así, cada ciudadano de Estados Unidos requiere para vivir, de acuerdo con los estándares promedio de su país, una extensión de 5,1 hectáreas; un canadiense típico, 4,3 hectáreas; el promedio mundial de la huella ecológica per cápita es de 1,8 hectáreas y en la India, de 0,4 hectáreas; es decir, 13 veces menos que en E.U. y 10 veces menos que Canadá.

¿Esto qué significa? ¿Acaso que los ciudadanos de la India son 13 veces menos felices que los de E.U. o que están 10 veces menos satisfechos que los del Canadá? Indudablemente, no es así. Incluso, el auge de las religiones y modos de vida orientales en las sociedades más 'desarrolladas', como Norteamérica y Europa, señala la insatisfacción colectiva con el modelo dominante y la necesidad de buscar otras más humanas y más armoniosas con el entorno. Lo que las anteriores cifras muestran es que existen diversas maneras de relacionarse con la naturaleza y de aprovechar sus recursos y servicios, para las necesidades individuales y sociales y que aquellas más virulentas para el medio ambiente son las que se han erigido como el símbolo del progreso y la meta del éxito preconizados por la cultura occidental. Esta situación plantea la fuerte asimetría existente en el uso de los recursos naturales, ya que unas formas de desarrollo y de vida se hacen posibles a costa de otras, puesto que hay que reconocer la finitud y los límites de la oferta ambiental, a pesar de que no se quiera aceptarlos en aras del espejismo del progreso basado en consumismo y desperdicio.

Así pues, los países desarrollados que alojan el 20 por ciento de la población del mundo disponen del 80 por ciento de los recursos naturales para mantener su nivel de vida, mientras que el 80 por ciento de la población mundial dispone apenas del 20 por ciento. En términos de huella ecológica, eso significa que el Japón ha excedido la capacidad resistencial de su extensión territorial en un 730 por ciento, Bélgica en un 1.400 por ciento, Holanda en un 1.900 por ciento y E.U. en un 80 por ciento, a pesar de su enorme extensión. Estos déficit de área son compensados con 'importación' de áreas de otros países que producen alimentos, manufacturas o servicios ambientales que hacen posible que los industrializados mantengan todavía sus elevados patrones de consumo y su nivel de vida insostenible. Es decir que los países industrializados, tal vez con una o dos excepciones, como Australia, presentan un déficit ecológico y de área que compensan con flujos comerciales y bienes y servicios ambientales provenientes de países del sur, que se convierten en exportadores de estos bienes y servicios, representados en 'área ecológica', cuyo pago no se reconoce.

En el caso colombiano no se han hecho análisis que permitan determinar la magnitud de nuestra huella, pero en una primera aproximación podría concluirse que si los 40 millones de colombianos tenemos una huella ecológica promedio de 2 hectáreas por persona, requeriríamos de una extensión de 80 millones de hectáreas para mantener nuestra actual forma de vida y nuestra actividad, lo cual convertiría a Colombia en uno de los pocos países que aún cuentan con reserva considerable de área ecológica. Esta reserva estaría alrededor de 34 millones de hectáreas, sin incluir espacios marinos. Esta gruesa estimación inicial debe refinarse e incluir en ella los flujos de comercio de exportación e importación que pueden convertirse en área ecológica. Lo que se intenta señalar es que Colombia posee aún una capacidad ecológica u oferta ambiental de reserva, que se puede convertir en recurso muy importante si sabemos utilizarla sosteniblemente.

Mirando hacia el futuro, Colombia debe poder aprovechar su importante reserva de 'área ecológica' como proveedora de bienes y servicios ambientales, como agua, la función de sumidero de carbono, producción de oxígeno y aprovechamiento de biodiversidad, los cuales son cada día más escasos. Esta reserva de 'área ecológica', cuya importancia crece con el tiempo, puede convertirse en elemento clave para el desarrollo del país si se aprovecha dentro de las nuevas circunstancias planetarias generadas por la 'crisis ambiental'.